

las ciudades que recobraron tal dignidad, porque se trató de respetar el estado de cosas en que se encontraban los griegos, cuyas instituciones eran en unos pueblos democráticas, y en otros timocráticas ó aristocráticas. Pero por regla general se conservó la Hiparquía.

#### IV.—PRIMERA EXPEDICION DE MARDONIO

La guerra había tocado á su término en el territorio del imperio, pero no estaba en el ánimo del gran rey dejar en reposo las armas, sino que, por el contrario, les imprimió nuevo movimiento, pues creía llegado el momento propicio de llevar á cabo su antiguo plan de conquistar la Grecia europea, á cuyo fin se presentó ante las ciudades de Eretria y de Atenas, con pretexto de castigarlas por la parte que habían tomado en la sublevación de los jonios. Para realizar su intento, había hecho en Oriente extraordinarios preparativos durante el año 494. El fogoso joven Mardonio, individuo de la mas alta nobleza persa y yerno de Darío, tomó el mando de las tropas destinadas á esta empresa y de los buques correspondientes; se presentó en la primavera de 493 en el Helesponto y llamó á sí las fuerzas de mar y tierra que estaban acampadas en el Quersoneso desde el año anterior. Mardonio debía conquistar la Grecia de aquende el Olimpo, mientras la escuadra seguía sus movimientos por las costas septentrionales del mar Egeo y se apoderaba de la isla de Thasos, tan abundante en oro. Mardonio alcanzó un éxito completo en su primer propósito, que fué reconquistar las posesiones europeas de Darío, que desde que había estallado la sublevación jónica habían logrado hacerse independientes. Cayeron, pues, en poder de los persas todos los territorios hasta el desfiladero de Tempe, y el mismo Alejandro I, joven que desde 498 gobernaba con gran inteligencia la Macedonia, se vio obligado á declararse vasallo de Persia. Los persas no se dirigieron todavía á Tesalia. Las sensibles pérdidas que ocasionó al ejército el ataque imprevisto de los tracios, que habitaban en el valle del Erigon, afluente del Axio, no pudieron impedir la marcha progresiva hacia el Sur. Pero al propio tiempo la escuadra persa, al doblar el promontorio de Athos, tan temido por los antiguos navegantes, se vio casi completamente destruida por un violento huracan, que le ocasionó la pérdida de 300 naves y 20,000 hombres. Como la dirección de la guerra persa en un país extranjero y en el mar necesitaba precisamente el apoyo de la escuadra, bajo el punto de vista militar y bajo el del abastecimiento de víveres, se vio precisado Mardonio á regresar precipitadamente al Asia.

#### V.—GUERRA ENTRE ESPARTA Y ARGOS

Los griegos europeos debieron conocer muy pronto que el peligro extraordinario que amenazaba su independencia nacional, debía reproducirse nuevamente, dentro de un plazo corto, revestido de mayor gravedad. Tuvose noticia de que el prudente Darío entre tanto, aseguraba para su imperio las adquisiciones que nuevamente había hecho en el territorio que se extiende entre el Bósforo y el Estrimon; y de que las fuertes ciudades griegas de Bizancio, Cardia y Sestos habían pasado á ser posesiones persas: Dorisco y Eion, situadas en la desembocadura del Estrimon, habían sido convenientemente fortificadas, y Elaüs, que se alzaba al Sur del Quersoneso, se veía convertida en estación marítima persa. También habían llegado á oídos de los griegos, durante el año 491, los nuevos é importantes preparativos que hacía Darío para atacarles por tierra y por mar. Dentro de poco tiempo debía comenzar para Grecia la grandiosa lucha de su independencia; esta noticia la supieron pronto con horror los griegos; pues

á fines de 491 aparecieron en todo el territorio heraldos del rey persa que, según costumbre de los iranos, iban á pedir la tierra y el agua á nombre de Darío I. Preguntáronse ante todo los griegos qué es lo que harían los espartanos, que no se habían determinado á auxiliar á Aristágoras para defender la libertad de Grecia en Tmolos y Mesogis; y lo que es mas, á la hora undécima del año 495 ó 493 comenzaron una guerra para aniquilar políticamente la ciudad de Argos, en la cual el salvaje Cleomenes derrotó casi mortalmente á los argivos en Sepeia, cerca de Tirinto. El incendio del bosque sagrado, que servía de refugio á muchos fugitivos, fué el complemento de la crueldad. Argos perdió en esta lucha 6,000 hoplites. Sea que Cleomenes, presa de temor religioso, no quisiese pasar mas adelante, sea que fracasase por completo, gracias á la perseverancia del resto de la burguesía y al valor de las mujeres animadas por la poetisa Telesila; la ciudad de Argos, para desgracia de los helenos, no pudo ser completamente sojuzgada. Esta ciudad, en extremo debilitada, que para robustecer su mas que diezmada burguesía, tuvo que admitir en ella á un gran número de plebeyos sometidos y que se habían vuelto entonces muy inquietos, no conoció durante mucho tiempo mas política que la del odio implacable hacia Esparta, odio que hacia á los argivos ciegos y sordos á toda consideración panhelénica. Por de pronto no pudo Argos perjudicar á los espartanos; pero los 6,000 hoplites, tan inútilmente perdidos, hicieron por muchos conceptos gran falta á los helenos pocos años después de la batalla de Sepeia. Por fortuna, infiltróse en el ánimo de Esparta, por lo menos en el momento de la crisis política mas temible, la conciencia de su situación y de la tarea que le correspondía como primera potencia de la Grecia. Cuando los heraldos del gran rey aparecieron en la capital del Peloponeso, el orgullo de aquel pueblo militar, coronado de gloria, se sublevó contra la ignominiosa exigencia de que se sometiesen sin luchar; y ciegos de ira, arrojaron los espartanos á los heraldos á un pozo: «Así podrán, se dijo entonces con cruel insulto, tomar por sí mismos la tierra y el agua para su rey.»

Esta firme resolución no la encontramos por cierto en todas las comarcas griegas: en las islas, especialmente, así que aparecieron los representantes persas, produjeron mortal angustia á causa de la escuadra fenicia, de modo que prestaron todos juramento de fidelidad al gran rey; y los heraldos llevaron al castillo de Memnon, en Susa, «tierra y agua» de la misma Egina, una de las principales potencias marítimas de aquel tiempo. También varias ciudades del continente mostraron en aquella ocasión sumamente pusilánimes. Atenas que había alcanzado alto grado de esplendor, se mostró muy enérgica: la ruina de los jonios había conmovido y humillado profundamente á los atenienses; el espectáculo que ofrecía la crueldad persa y fenicia al destruir la ciudad de Mileto, había herido su espíritu nacional y les había decidido á hacer una tenaz resistencia. Afortunadamente para Grecia, contaba en aquel entonces Atenas con hombres dotados de fuerza intelectual y moral, y de eminentes cualidades políticas y militares, gracias á las cuales podría oponerse con éxito á la temible tormenta que amenazaba al mundo griego. La mayoría de los inteligentes eupátridas se había adherido por fin noblemente al nuevo orden de cosas. A los parientes y sucesores de Clístenes, bien conocidos y estimados; al probo Aristides, el carácter mas recto y mas puro de aquel tiempo; y al enérgico Xantipo, se agregaron otros dos hombres que alcanzaron fama inmortal y cuyos nombres están íntimamente unidos con la historia de la guerra de Persia. Uno de ellos fué el joven Temístocles, nacido en 525 antes de Jesucristo. Hijo del noble ateniense Neocles y de una mujer tracia ó halicarnasia, había disipado su exuberante fuerza en la ociosidad entre

fiestas y placeres; sin embargo, pronto se despertó fuertemente en su grande alma el espíritu político, y en 493 antes de Jesucristo fué nombrado primer arconte de Atenas. Pocos eran todavía los que conocían su genio y su talento: como Aristides, fué tenido por hombre de doble carácter, que por su poco escrúpulo en materias pecuniarias y por su existencia violenta, voluntariosa y desconsiderada, podía inspirar desconfianza. Bajo otro aspecto sobresalió el caudillo Milciades, educado en la escuela democrática de Clístenes, con el cual se había unido para oponerse patrióticamente á los persas y á Hípias, cuando el espíritu autocrático de este no estaba conforme con el espíritu que animaba á Atenas. Entre tanto, su talento como militar y su conocimiento de los temidos persas hizole indispensable para los atenienses.

Bajo la influencia de estos hombres, fueron rechazadas rotundamente en Atenas las exigencias de los persas. También en esta ciudad se violó sangrientamente el derecho de gentes, pues por excitación de Milciades fueron condenados al suplicio los heraldos persas y por consejo de Temístocles sus intérpretes griegos.

La paridad de resoluciones y de culpa que existía entre los atenienses y los espartanos, bajo éste concepto, debió unirles en el momento en que amenazaba á la Grecia un gran peligro, é inducirles á poner término á las hostilidades que sostenían entre sí de quince años á aquella parte. La precaria situación en que se encontraba Atenas á causa de la guerra con Egina, y el espíritu altamente patriótico que á partir de esa época caracterizó á los atenienses, determinaron á los hombres de Estado áticos á ser los primeros que solicitasen la amistad de Esparta. Con gran prudencia se reconoció á Esparta como la potencia directiva de Grecia y se solicitó de los espartanos que como jefes de la alianza peloponésica, castigasen á los eginetas que por su sumisión á los persas hubiesen sido traidores á Grecia. Solo de este modo pudo Atenas considerarse indemnizada de la guerra con Egina, durante la gran calamidad persa. Esparta se apresuró á acceder á los deseos de los atenienses; pero las negociaciones con Egina no tuvieron resultado alguno. Cuando se presentó en aquella isla el rey Cleomenes en persona, para apoderarse y guardar en rehenes á los caudillos del partido persa, es decir á los nobles crios, casaboms y otros ocho mas, se encontró con una tenaz resistencia, preparada por las intrigas de su colega el rey Demarato. Ciego de cólera regresó á Esparta con el fin de desembarazarse, ante todo, de este adversario: alióse con el príncipe Leotíquidas, primo de Demarato, y heredero presunto y personal enemigo del mismo, y le indujo á que procurase hacer sospechoso el origen noble y, lo que es mas, la legitimidad del nacimiento de aquel rey. La Pitia de Delfos, Perialla, que había sido comprada por Cleomenes y en cuyo testimonio se fiaron los eforos, declaró contra Demarato, quien se vió, por lo mismo, obligado á abdicar. Leotíquidas sentóse entonces en el trono que astutamente había usurpado y se dirigió á Egina, donde se apoderó sin resistencia alguna de los diez rehenes, que entregó á los atenienses, los cuales por este medio violento se consideraron finalmente seguros contra cualquiera tentativa de los eginetas.

#### VI.—EXPEDICION DE DATIS Y ARTAFERNES Á GRECIA

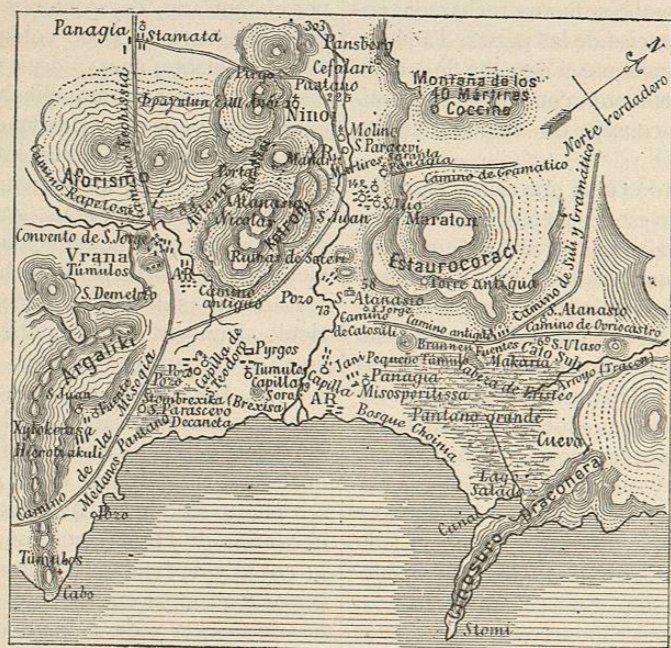
Ya era tiempo, pues se dirigía impetuosamente contra Grecia la tempestad. Los 600 buques, reunidos en la primavera de 490 en los puertos cilicios, para conducir los 100,000 infantes y 10,000 jinetes, todos guerreros iranos escogidos, amenazaron en primer lugar á los atenienses. El plan de Darío, cuya ejecución estaba confiada á su sobrino Artafernes y al general medo Datis, se encaminaba á rodear el mon-

te Athos, y los desfiladeros del Olimpo y de las Termópilas. El ejército debía marchar desde Cilicia, atravesar el mar Egeo, dar el primer ataque contra Eubea y dirigirse en seguida al Atica. Este plan, hábilmente trazado, llevóse á cabo con tanta energía como suerte. Durante el viaje por el mar Egeo detuviéronse los persas en la isla de Naxos, donde debían reconquistar sus armas el honor que diez años antes se había visto tan comprometido. Esta vez los naxios no mostraron la fuerza de resistencia que habían dado á conocer en el año 500: el pueblo se refugió en las montañas, la ciudad fué entregada á las llamas, y muchos de sus habitantes se vieron reducidos á la esclavitud. Conseguido este resultado, se dirigió la escuadra persa á Eubea, donde venció en una fuerte lucha la tenaz resistencia de la ciudad de Caristo. Eretria, por el contrario, cuyas fuerzas habían sido aumentadas con un contingente de 4,000 colonos áticos que le envió Calcis, estuvo vacilante; pues, á decir verdad, no faltaron en ella elementos traidores que se inclinaban á los persas. Fué una suerte para Atenas que un ciudadano experto decidiese á los pueblos auxiliares áticos á emprender la retirada hacia el Atica. Eretria se sostuvo audazmente durante seis días, pero al sétimo pudieron los persas, gracias á dos traidores, penetrar en la ciudad, que fué reducida á cenizas y cuyos habitantes fueron en su mayor parte hechos esclavos.

Entonces pudieron los generales persas acampar sin obstáculo alguno en el cantón ático, considerado como sujeto al vasallaje del antiguo príncipe Hípias, que había sustituido á Datis. Los persas hubieran obrado mas cuerdamente si hubiesen desembarcado en el golfo de Falero, y hubiesen librado la batalla decisiva contra los atenienses en la llanura que se extiende delante de su propia ciudad, ó bien si hubiesen puesto sitio á Atenas. Mas, por desgracia suya, siguieron el consejo de Hípias, que movido por los recuerdos de su juventud y de la marcha victoriosa del año 538, decidió á los persas á acampar en Maraton, cerca de las antiguas posesiones de su casa y de la parte alta de la comarca ática, donde habitaban los montañeses áticos, partidarios fieles en otro tiempo de su familia. Hípias y los generales persas, desconociendo completamente el nuevo espíritu que animaba al demos ático, confiaban en los resultados que debían producirles las intrigas que en Atica tramaba Hípias, en connivencia con los partidarios de su dinastía. Pero en tanto que el caudillo esperaba un movimiento en su favor, el partido patriótico de Atenas tuvo tiempo para desarrollar sus fuerzas. Los atenienses eligieron, para el próximo año, arconte al valeroso Calímaco, y miembros del colegio de los diez estrategos á Aristides, Temístocles y Milciades; y el excelente espíritu del pueblo correspondió á la buena dirección de la guerra. Apenas llegó á su noticia que los persas se encontraban en el suelo ático, el consejo de la guerra envió en primero de setiembre, al corredor Filípides á Esparta, en demanda de pronto auxilio. Vióse entonces que la política de Esparta no se hallaba á la altura de las necesidades de aquel tiempo. Discutióse en el cantón del Eurotas si debía esperarse hasta ver el rumbo que tomaban los asuntos en el Atica, ó si se dejaría la respuesta á la timorata superstición nacional de los eforos. Al fin se dijo que los espartanos no podían emprender la marcha hasta el plenilunio, es decir, hasta mediados del mes, de modo que los atenienses debieron contar únicamente consigo mismos. Milciades, apoyado por Aristides, Temístocles y Calímaco, hizo prevalecer la opinión de dirigirse como agresores contra los persas, opinión que sostuvo con tanta energía como buen éxito. Cierta que de este modo corrían el peligro de que los persas, dividiendo sus fuerzas, entretuviesen en las costas orientales al ejército ateniense y atacasen al propio tiempo la ciudad. A

pesar de esto, las tropas áticas no podían permanecer encerradas en la ciudad; pues en caso de ser esta sitiada, era, por un lado, muy difícil recibir auxilio, y por otro podía temerse que los partidarios de Hippias, ó un determinado número de pérfidos amigos suyos, reprodujesen en Atenas las infames escenas de Eretria.

Cuando la atrevida determinación de los estrategos atenienses fué sancionada por la asamblea popular, confiaron los generales la vigilancia y custodia de la población á los ciudadanos de mas edad; despues de lo cual el ejército, compuesto de 10,000 hoplites, con un número proporcionado de esclavos, se dirigió á Cefisia y hácia Maraton, por el estribo septentrional del Pentélico, y en el bosque sagrado de



La comarca de Maraton.

VII.—BATALLA DE MARATON. VICTORIA DE LOS ATENIENSES

Pronto dejóse sentir la sospecha de que los persas pensaban aprovecharse de la superioridad de sus fuerzas y de la parte débil que ofrecía la audaz dirección de la guerra de los atenienses. Probablemente las intrigas de Hippias habían producido cierto efecto y los persas creían poder contar en Atenas con un movimiento en favor suyo. En la mañana del día 12 de setiembre de 490, que ha hecho eternamente memorable la batalla de Maraton, dividieron los persas su ejército. Unos 50,000 hombres permanecieron en el sitio que ocupaban; la infantería se colocó en orden de batalla para engañar á los atenienses y para librar una simple escaramuza, mientras el resto del ejército, probablemente con la caballería, que debía operar contra Atenas, emprendía la marcha con la consigna de permanecer en las alturas de Maraton hasta que se le hiciese desde la cima del Pentélico una señal, de antemano convenida; señal que se dió cuando la batalla estaba ya próxima á terminar. Sospechóse, también, que Milciades, instruido, por ciertas relaciones con el campamento persa, de los intentos del enemigo, se determinó á atacar á tiempo. En la mañana del citado día, el caudillo griego sacó su ejército de 11,000 hombres y casi otros tantos esclavos, de las posiciones que ocupaba: su plan consistía en hacer que sus hoplites se arrojasen impetuosamente sobre la infantería persa y destruyesen sus batallones. Una gran laguna al Norte y una mas pequeña al Sur, cuyas orillas tendrían dos ho-

Heraclio, emplazado en una de sus alturas que se alzaba á Oeste de la ciudad, tomó una posición muy ventajosa y con trincheras formadas con árboles la fortificó contra el ataque de la caballería persa. A los dos días de acampar en aquel sitio, recibieron los atenienses el auxilio de algunos miles de hoplites que les enviaban los jefes plateos. Milciades, á cuya dirección táctica se habían sujetado los estrategos, determinó trabar á la mañana siguiente la batalla decisiva, que preparó sacando todo el partido posible de los accidentes del terreno, gracias al conocimiento que tenía de las tácticas persa y griega, y confiado en la posición que ocupaban los persas en la próxima playa y que él podía distinguir perfectamente.

ras de largo por media de ancho, hacían imposible la maniobra de la caballería persa, poco mencionada en las batallas de la antigüedad, é impedían maniobrar cómodamente á la infantería que no podía por allí atacar á los griegos. Milciades debió procurar que los griegos de su ejército, acostumbrados á la fatiga, gracias á los ejercicios practicados en los gimnasios, se dirigiesen corriendo á la llanura y atacasen á la carrera al ejército enemigo, que había sido dispuesto en forma de cuadrilátero, de 1,500 á 2,000 pasos por lado, para desalojarle de la temible posición que ocupaba.

Con gran prudencia extendió Milciades el frente del ejército cuanto pudo, para evitar que fuese envuelto. El centro, mandado por Aristides y Temístocles, se componía únicamente de tres filas; las alas constaban de seis. Calimaco mandaba el ala derecha, los plateos estaban en la izquierda, los esclavos armados de lanzas iban detrás de los hoplites.

Milciades consiguió, en efecto, conducir hasta el punto ocupado por los persas á los hoplites griegos, que presentaban una extensión de frente de cuatro á cinco mil pasos, y que recorrieron á paso de carga unos 2,400 pasos sin pérdidas sensibles, á pesar de las nubes de flechas que arrojaba el enemigo. La infantería medo-persa era á la sazón muy fuerte; así es que transcurrió mucho tiempo antes de que la superioridad de las lanzas de los hoplites griegos y de sus armaduras se hiciese temible á las insuficientes armas defensivas de los asiáticos, armados únicamente de arco y sable. El centro de los atenienses fué derrotado con grandes pérdidas de

los hoplites y de los esclavos; pero en cambio las dos alas griegas hicieron retroceder á las de los persas y acabaron por ponerlas en precipitada fuga.—En seguida, volviéndose á derecha é izquierda, cayeron sobre las selectas tropas del centro persa y las derrotaron completamente, causándoles importantes pérdidas, muchas de las cuales fueron debidas á las lagunas. La derrota no fué mayor porque la escuadra persa se hallaba dispuesta para recoger á los fugitivos y proteger á todos los que llegasen á la playa.

Los asiáticos, de los cuales los que mas sufrieron fueron los batallones medos, perdieron 6,400 hombres: los griegos tuvieron que lamentar la muerte de 192 hoplites asiáticos, y la del polemarcha Estesileo, siéndonos desconocido el número de bajas que tuvieron los aliados, los esclavos y los plateos. El ejército griego conquistó la posición ocupada por los persas, y se apoderó de un rico botín y de siete naves dispuestas á hacerse á la vela. Poco tiempo pudo gozar de su victoria; pues pronto se notó que la escuadra enemiga se dirigía al cabo Sunion y que en la cima del Pentélico se había dado la sospechada señal. Milciades, que comprendió claramente que Datis se encaminaba directamente hácia la rada de Falero para arrojar sobre la ciudad de Atenas, entonces débilmente defendida, y proteger un movimiento que segun todas probabilidades se preparaba en ella, determinó emprender en seguida la marcha hácia la capital del cantón ático. Despachóse acto continuo un correo para notificar á la Bula la victoria conseguida. Aristides y sus batallones permanecieron en el campo de batalla, mientras las demás tropas, á pesar del cansancio de la lucha sostenida durante la mañana, se encaminaron rápidamente por la tarde hácia la capital, á cuyas puertas llegaron al anochecer. La admirable energía de Milciades y de su ejército produjo sus resultados: el partido de Hippias no se atrevió á levantarse; y cuando la escuadra persa entraba á la mañana siguiente en el puerto de Falero, encontró la playa ocupada por las columnas guerreras de Milciades. En tales circunstancias Hippias y Datis no se atrevieron á desembarcar: al saber, además, que un ejército espartano salía á marchas forzadas del Peloponeso en dirección al Atica, desistieron de seguir la campaña y regresaron á los puertos del Asia. Durante la tarde de aquel día (13 de setiembre) aparecieron 2,000 espartanos delante de Atenas: en tres días habían salvado la distancia que separa á Esparta del Hisos. Contentáronse con ver el glorioso campo de Maraton y, llenos de sincera admiración por la habilidad de los atenienses, emprendieron de nuevo la marcha hácia el Peloponeso.

Los atenienses podían, con razón, estar orgullosos de su victoria; pues aquella era la primera vez que, durante la lucha entre persas y helenos, un ejército griego no solo había resistido á un ejército persa, sino que le había atacado y derrotado con fuerzas muy inferiores. Atenas había alcanzado únicamente con sus propias armas y con las de los plateos aquella memorable victoria, sin que la traición ni la fortuna ciega le hubiesen ayudado en ella. El genio de Milciades, la extraordinaria idoneidad de los demás caudillos y el esforzado valor de las tropas habían alcanzado un éxito completo. La fuerza moral, mas que la estrategia, influyeron poderosamente en favor de los atenienses; pues habían estos emprendido la lucha bajo la presión del general desaliento de Grecia, de las escenas ocurridas en Eretria, y de la inseguridad de conducta que mostraran los espartanos. Por eso fué considerada desde entonces la audaz, victoriosa y democrática Atenas como la segunda potencia de los helenos, lo que es mas, como el foco y asilo propios de la resistencia nacional contra las numerosas tropas de tierra y mar del Oriente persa.

Ninguno de los eminentes hombres de Estado griegos creía

que los acontecimientos de setiembre de 490 hubiesen puesto fin á la lucha encendida entre la corona persa y los varios Estados griegos. Los persas, recordando que su bandera había ondeado siempre victoriosa hasta la bahía de Maraton, consideraron su derrota como una desgracia, como una batalla perdida con gloria; y el rey Darío, aunque no hubiese sido el poderoso jefe de aquella expedición, como lo fué de la del Danubio, no era hombre para mirar impasible tal menoscabo del honor militar persa. Así fué que aquel hombre orgulloso no descuidó precaución alguna para que la tercera expedición tuviese todas las probabilidades de un éxito seguro.

Desgraciadamente la experiencia de los griegos no fué bastante para decidirlos á unirse por completo políticamente y á organizar del modo debido sus poderosas fuerzas para la defensa panhelénica; por el contrario, al año siguiente de la batalla de Maraton, se entregaron de nuevo los atenienses y espartanos á lamentables escenas, que nada bueno dejaban esperar para el porvenir. El intrépido Milciades, colmado en todas partes de honores, perdió su popularidad un año despues de su gran hazaña. Animado con la confianza del pueblo, consiguió que la Bula y la Iglesia le confiaran el mando de toda la escuadra y el dinero necesario para llevar á cabo una expedición, acerca de la cual quería guardar secreto, para asegurar mejor el éxito. En el año 489 comenzó con 70 triremes una expedición corsaria contra las pequeñas Cícladas, á las cuales exigió de un modo ignominioso fuertes sumas de dinero en pena de haberse sujetado cobardemente á la dominación persa. Delante de Paros fracasó, sin embargo, su empresa, y vencido y mal herido, confuso y humillado, vióse obligado á regresar á Atenas. Xantipo, enemigo, como Alcmeónida que era, de la casa de los Filáidas, expresó la profunda y legítima animosidad del demos contra Milciades, acusándole ante la Iglesia por haber engañado con falsas promesas á la comunidad. Solo el recuerdo de Maraton pudo salvarle de una sentencia de muerte; pero se le impuso una multa de 50 talentos (unas 300,000 pesetas) que le aruinó por completo, y su familia tuvo que dar gracias á los dioses, cuando su herida gangrenada le condujo rápidamente al sepulcro.

En Esparta ocurrían, entre tanto, las mas repugnantes escenas. Demarato, despojado de la dignidad real, se vió obligado por los repetidos insultos de Leotíquidas, á abandonar á Esparta y á ponerse, como pretendiente ansioso de venganza, bajo la protección del rey de Persia, en cuya corte se presentó en 487. Habíase descubierto en Delfos que Cleomenes había comprado al oráculo de su tiempo, por lo cual la pitonisa Perialla perdió su cargo, mientras los eforos de Esparta presentaban ante la Gerusia una queja contra Cleomenes. Despues, cuando el cruel vencedor de Sepeia abandonó la comarca para sublevar el cantón agrícola de la Arcadia contra la soberanía del Eurotas, fué astutamente atraído á Esparta, donde encontró un fin desastroso, causado, segun se dijo oficialmente, por sus propias manos. En cuanto los eginetas tuvieron noticias de tal catástrofe, quejéronse amargamente ante los eforos de la extradición de los rehenes exigidos tres años antes por Atenas y ordenada por Cleomenes y Leotíquidas. En su consecuencia, fué éste en rehenes entregado por los eforos á los de Egina, quienes, en vez de tratarle como prisionero, procuraron determinarle á pedir á los atenienses la libertad de los diez nobles eginetas. Cuando los atenienses se negaron á tal pretensión, la nobleza de Egina permitió al rey de Esparta volver impunemente á Laconia, el cual se apoderó por sorpresa de algunos nobles áticos que se dirigían por mar á la fiesta de Poseidon en junio. No por esto pensaron los atenienses en hacer un canje con los